

VIDA Y OBRA DE FERNANDO CABRERA CANTÓ

Se halla bastante extendida la creencia de que las poblaciones industriales son meramente una manifestación del maquinismo, desligadas por entero del pasado y preocupadas solamente de lo material. Afortunadamente no es así; pero, aunque por desgracia lo fuese, la ciudad de Alcoy, tan amada por todos los valencianos, constituiría una excepción. Porque Alcoy, en buena hora se diga, es, sí, una población industrial en alto grado, sobre todo si se considera el país donde se encuentra; pero al mismo tiempo rinde culto a sus tradiciones —como lo demuestra la fiesta de *Moros i Cristians*— y no escasea en actividades espirituales, entendidas en el más amplio significado.

Actividad artística y, por lo tanto, espiritual es la pintura, que ha florecido fecundamente en Alcoy a lo largo del siglo XIX, sin que se haya agostado, ni mucho menos, en la centuria actual.

Por lo que hace al ochocientos, bastará recordar los nombres de Plácido Francés, Antonio Gisbert, Ricardo Navarrete —los tres, nacidos en 1834—, Lorenzo Casanova —que vino al mundo en 1845— y Emilio Sala, que vio la luz primera en 1850.

Ellos y otros pueden inducir a la tentación de referirse a una escuela alcoyana de pintura. Pero, como la palabra «escuela», empleada en este sentido, implica la existencia de comunes características estéticas, será suficiente, cuando se presente la ocasión, hablar del «foco» pictórico alcoyano.

A esa pléyade de artistas vino a unirse Fernando Cabrera Cantó.

Había nacido en la ciudad del Serpis el 8 de octubre de 1866, lo cual significa que hace unos meses se cumplió el centenario de su nacimiento, centenario que precisamente motiva la presente conmemoración.

El padre de Fernando Cabrera Cantó, llamado Fernando Cabrera Lloréns, fue primero impresor y después empleado en una fábrica de cerillas: la de Agustín Gisbert Vidal, nombre que conviene retener. Y estuvo casado en segundas nupcias con Agustina Cantó Santonja.

Fernando Cabrera Cantó sintió tempranamente inclinación a la práctica de la pintura, lo cual no fue contrariado por su padre. Se ha dicho que el muchacho se inició en el arte pictórico bajo la dirección de Casto Plasencia. Este pintor, cuyo segundo apellido era el de Maestro, pudo —cronológicamente— contar como discípulo al joven alcoyano; pero convendría saber en qué circunstancias.

Lo positivo es que fue discípulo del mencionado Lorenzo Casanova. Este pintor había estudiado en

la ciudad de Valencia y concretamente en la Escuela de San Carlos, donde conoció a Antonio Cortina, de quien algo pudo aprender. Después estudió en Madrid, donde tuvo como maestro a Federico de Madrazo y como condiscípulos a Eduardo Rosales y a Mariano Fortuny. Pensionado por la Diputación Provincial de Alicante, estuvo en Roma. Y a su regreso estableció en Alcoy un centro artístico dedicado a la enseñanza, que después trasladó a Alicante con el nombre de Academia de Bellas Artes. Por lo demás, Lorenzo Casanova, buen pintor, no dio de sí todo cuanto se había esperado de él. Quizá se debió a su temperamento enfermizo; acaso tuvo por causa la abulia que le dominó en la última etapa de su vida. Un escritor dijo de Lorenzo Casanova que era «hombre bueno y artista profundo y exquisito que supo renunciar serena y voluptuosamente a la gloria placera». Y todavía añadió: «Era de los pocos pintores que en su tiempo leían.» Aquel escritor era sobrino de la esposa de Lorenzo Casanova y se llamaba Gabriel Miró.

Volviendo a la antedicha Academia particular de Bellas Artes, conviene hacer constar que fue eficaz, que contribuyó a mejorar el ambiente artístico de Alicante y que facilitó provechosas enseñanzas a Fernando Cabrera Cantó.

De todos modos, el joven alcoyano, buscando perfeccionarse, pasó a la ciudad del Turia, donde fue alumno de la ya mencionada Escuela de Bellas Artes de San Carlos.

De Valencia a Madrid. En la capital de España se instaló cuando tenía veinte años. Allí se ejerció en el Museo del Prado haciendo copias y en su modesto estudio trabajando con modelo vivo.

Hacia 1890 la Diputación Provincial de Alicante convocó oposiciones a una plaza de pensionado en Roma, las cuales fueron ganadas brillantemente por Cabrera Cantó. Y en consecuencia se trasladó a Italia, donde experimentó el deslumbramiento producido no solamente por la Ciudad Eterna, sino también por Florencia, Nápoles, Venecia... Además, trabajó intensamente, enriqueciendo lo que de oficio habría en su arte, pues se aplicó con parejo interés a los distintos géneros y a las diversas técnicas de la pintura.

A la vuelta de Italia el pintor alcoyano se quedó a vivir en su ciudad natal. Y en 1896, cuando contaba casi treinta años de edad, se casó con Milagros Gisbert Carbonell, hija del precitado fabricante de cerillas Agustín Gisbert Vidal. En junio del año siguiente nació un hijo del matrimonio, al que pusieron el nombre del progenitor. Y veintisiete días

después del alumbramiento falleció la madre. Al cabo de varios años, en 1902, Cabrera Cantó contrajo nuevas nupcias, entonces con Elvira Brutinel Terol, viuda, con tres hijos pequeños y cuñada de la primera esposa de su nuevo marido. De este enlace no resultó descendencia.

Pero dejó ya estos aspectos familiares, parece llegado el momento de seguir hablando sobre las actividades artísticas de Cabrera Cantó. En aquellos tiempos no era habitual que los pintores celebraran exposiciones unipersonales. Y ello constituía una razón, de no existir otras, para concurrir a los certámenes públicos y, especialmente, a las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes; con todos sus inconvenientes, desde luego, pero también con todas sus ventajas.

La primera vez que el pintor alcoyano concurrió a uno de los mencionados certámenes nacionales fue en 1890. Entonces presentó un cuadro de grandes dimensiones titulado *Huérfanos*, que representaba, en el ambiente sombrío de una habitación modesta, a un padre y varios hijos sumidos en el dolor producido por la defunción de la madre. Aquel cuadro obtuvo una medalla de segunda clase. Y Augusto Comas, un crítico que a la sazón gozaba de predicamento, dijo que era «no sólo el lienzo más hermoso del certamen, sino uno de los más notables de cuantos han producido nuestros pintores de varios años a esta parte».

Al siguiente —1891— Fernando Cabrera Cantó envió a la Exposición Nacional de Barcelona los cuadros titulados *En el coro*, *La muerte de un santo*, *Meditación* y *Huérfanos*. El primero, premiado con diploma de honor, quedó en el Museo de Barcelona.

En 1892 presentó en la correspondiente Exposición Nacional de Madrid tres retratos y tres cuadros rotulados *El primer disgusto*, *Aves y flores* y *¡Tierra!* Este último fue galardonado con otra segunda medalla.

En 1894 concurrió con diversas obras a sendas exposiciones colectivas celebradas en Bilbao y en Alicante, donde le concedieron una medalla de oro.

Al certamen nacional matritense de 1895 aportó tres cuadros: *Náufrago*, *Un voto a la Madonna* y *Arabe*. No hubo medalla para el autor, sino condecoración, pues el jurado le propuso para la Encomienda de Isabel la Católica, que le fue concedida según práctica acostumbrada por aquellos años.

En la Exposición Nacional de 1899 presentó Cabrera Cantó una de sus obras más importantes: el lienzo, también de grandes dimensiones, titulado *Mors in vita*. Representa el ámbito frío y escueto de una sala de hospital en que dos hombres se llevan un cadáver mientras sobre una cama queda el cuerpo inerte de una joven semidesnuda. Pero no todo es tétrico en la composición, porque por un ventanal se ve un jardín en la gloria luminosa de una primavera pródigamente florida... En aquel certamen

se concedieron tres medallas de primera clase, una de ellas a Ignacio Pinazo Camarlench por *Lección de memoria*. Y aun cuando fueron muchos quienes creyeron que *Mors in vita* merecía una medalla de igual categoría, lo cierto es que no se le concedió. Quizá influyó en ello el hecho de que en el repetido certamen hubo demasiadas obras de cariz dramático o melodramático. A propósito de esto, el festivo escritor Luis Taboada dijo: «Hay cuadros que producen en el alma del visitante penosísima impresión. Al verlos se le saltan a uno las lágrimas. ¡Cuánto enfermo! ¡Cuántas desdichas! ¡Cuánta gente con la carne color de besugo!»

En el certamen nacional de 1901 el pintor alcoyano estuvo representado por un paisaje, varios apuntes, el cuadro *¡Eterna víctima!*, que reanuda el tema y el tono de *Huérfanos*, y el lienzo *¿Necesita usted modelo?*, más bien placentero y jovial. En aquel certamen se otorgaron dos medallas de primera clase efectivas a Gonzalo Bilbao y a José María López Mezquita. Además, se concedieron quince «consideraciones y honores de primera medalla», una de las cuales recayó en Cabrera Cantó. Y es de advertir que estas quince recompensas tan especiales adquirieron catorce años más tarde categoría de medallas efectivas.

1904. Cabrera Cantó presentó a la correspondiente Exposición Nacional nada menos que ocho obras, cuya enumeración resultaría prolija, por lo que bastará con destacar *La calera*, atrevida composición en torno a un horno de cal, donde contrastan la viveza del fuego y la densidad del humo.

Respecto al siguiente certamen nacional escribió un comentarista: «El carácter general de la Exposición de 1906 es el de la placidez.» Sin embargo, no podía aplicarse esta condición a la importante obra enviada por Fernando Cabrera Cantó. *Al abismo* —que tal era su título— estaba concebida con la ambición de un Gustavo Doré interpretando a Dante Alighieri. Y obtuvo medalla de primera clase discernida por un jurado del que formaba parte el pintor valenciano Salvador Martínez Cubells. Otras medallas de la misma clase fueron concedidas a Fernando Alvarez de Sotomayor, a Manuel Benedito y a Eliseo Meifrén.

Cabrera Cantó tenía entonces cuarenta años. Y con la obtención de aquel premio —sin «consideraciones» y con toda «efectividad» desde el principio— se incorporaba al conjunto de ilustres pintores del Reino de Valencia formado por Francisco Domingo Marqués (nacido en 1842), Antonio Muñoz Degraín (en 1843), Ignacio Pinazo (en 1849), Joaquín Sorolla (en 1863), el citado Manuel Benedito (en 1875), José Pinazo Martínez (en 1879), etc.

A partir de entonces el autor de *Al abismo* sólo esporádicamente concurrió a alguna Exposición Nacional, así como al Salón de Otoño celebrado asimismo en Madrid. Pero conviene registrar aquí que en 1915 envió a la Exposición Internacional de San

Francisco de California su gran lienzo *El santo del abuelo*, que fue galardonado con una medalla de oro. Tanto aquel cuadro como otros del mismo autor fueron exhibidos posteriormente en las Galerías Anderson, de Nueva York, y en el Museo de Historia, Ciencia y Arte, de Los Angeles. En cuanto a la rica

Valencia. Originado en una escena que el pintor presencié en un pueblo de la provincia alicantina bastante conocido en el ámbito literario, constituye un acierto de dibujo, colorido y composición. Y fue donado a la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos por el propio autor, cumpliendo con ello una



«Sermón soporífero». Cuadro de la colección del Museo de Bellas Artes de Valencia.

composición que es *El santo del abuelo* cabría definirla como un jubiloso canto a la vejez, en el que son destacables —y no por razones únicamente pictóricas— las dos mujeres vestidas a la antigua usanza de las labradoras valencianas.

Aunque Fernando Cabrera Cantó, en su noble estudio alcoyano y en el aire libre de las tierras que le eran familiares, pintó sin prisas, no se crea por ello que su producción quedó limitada a las obras enumeradas. En su haber se cuentan muchos más apuntes, cuadros, murales, entre los cuales figuran no pocos de indiscutible mérito. Como ejemplo de ellos puede citarse el titulado *Sermón soporífero*, que figura en el Museo Provincial de Bellas Artes de

promesa que había hecho particularmente al académico don Manuel Sigüenza cuando éste visitó el estudio de Cabrera Cantó a finales de 1932.

Teniendo en cuenta la totalidad de la labor pictórica del ilustre pintor alcoyano, se ve que forma dos grandes grupos, los cuales, *grosso modo*, pueden juzgarse integrados, respectivamente, por la producción del siglo XIX y por la producción del siglo XX. La primera, dicho sea en términos generales, abunda en temas literarios y, hasta en cierta guisa, filosóficos, mientras la segunda —siempre hablando en términos generales— prescinde de argumentos más o menos trascendentales para buscar la belleza en sí misma. Esta dualidad tiene un paralelismo en

la técnica, pues el Cabrera Cantó del ochocientos actúa con cierta sujeción literal a las normas consagradas, mientras el Cabrera Cantó del novecientos asimila nuevas corrientes y, concretamente, el impresionismo. El cuadro *Patio de mi estudio* —un jardín—, pintado en 1918, pudiera confundirse, al menos a primera vista, con algún cuadro de Sorolla de asunto parecido. Y el mismo impresionismo palpitante se admira en el bellísimo *Idilio* de 1934.

No vivió mucho más el artista, que, tras larga y dolorosa enfermedad, falleció el día 1.º de enero de 1937, en su ciudad nativa, donde quiso vivir y morir, dando un ejemplo de alcoyanismo tanto más simpático y laudable cuanto posiblemente perjudicó al conocimiento de su obra y, por consiguiente, al renombre de su nombre.

Para que éste resuene como se merece fueron organizadas exposiciones de las obras de Cabrera Cantó en el Museo Nacional de Arte Moderno (Madrid, 1943), en el Salón de Fiestas del Ayuntamiento de Valencia (1944) y en las Galerías Pallarés (Barcelona, 1945).

«Si en la prensa madrileña los críticos militantes apenas comentaron la obra del ilustre artista, lo mismo puede decirse de los periódicos barceloneses.» Eso ha afirmado el excelente escritor y pintor que firma Bernardino de Pantorba. El cual —biógrafo de Cabrera Cantó— arremete a seguida contra la crítica de Barcelona en términos durísimos, que habrían sido reproducidos aquí si Pantorba hubiera explicado asimismo los motivos que tuvieron los críticos matritenses para su parquedad...

La ciudad de Valencia, representada entonces por su Ayuntamiento, ahora por la Real Academia de Bellas Artes de San Carlos y siempre por sus elementos intelectuales, actúa de muy distinta manera. Porque en esta capital se siente fraternalmente todo cuanto afecta a las poblaciones del antiguo Reino y, por lo tanto, a la histórica, a la progresiva, a la cultísima ciudad de Alcoy (1).

‡ FRANCISCO ALMELA Y VIVES

BIBLIOGRAFÍA

- BARÓN DE ALCAHALÍ, *Diccionario biográfico de artistas valencianos*. Valencia, 1897.
- BERNARDINO DE PANTORBA (José López Jiménez), *El pintor Cabrera Cantó*. Madrid, 1945. (Esta obra y la siguiente han sido especialmente utilizadas al redactar las anteriores páginas.)
- BERNARDINO DE PANTORBA, *Historia y crítica de las Exposiciones Nacionales de Bellas Artes*. Madrid, 1948.
- P. LUIS FULLANA, *El arte de Fernando Cabrera (1866-1937)*. Barcelona, 1950. (Reproducciones en color. Tirada de 100 ejemplares.)
- RAFAEL COLOMA, *Lorenzo Casanova, un pintor enfermo*. Alcoy, 1962.
- ADRIÁN ESPÍ VALDÉS, varios artículos en diarios y revistas con motivo del centenario de Cabrera Cantó.

(1) Discurso pronunciado por su autor en la solemne sesión pública de la Real Academia de San Carlos, celebrada en conmemoración del centenario del pintor Cabrera Cantó el día 15 de febrero de 1967.